

pecie. No podía escaparse á sus cálculos que si el tesoro pagaba el tres por ciento, lo que era menos que la tasa que habia fijado el ministro, un mercado tal no podria enriquecer al público. La asamblea no atendió á su representacion. Ella se formó este dilema: „si se admiten asignados en el tesoro público, no ingresará mas moneda; si no se admiten ó se deja de protegerlos hasta cierto punto, se desacreditará este único recurso.” Entre estos extremos parece que la asamblea ha preferido la continuacion de los asignados, admitiéndolos ella misma. Entonces en el discurso que se pronunció, tuvo cuidado de vaciar algunas fanfarronadas (desdiciendo en esto del carácter de un cuerpo legislativo) para declarar que no habia diferencia entre el valor de los asignados y el de la moneda. ¡Ilustre artículo de fe, mandado creer só pena de excomunion por los venerables padres de este sínodo filosófico! *Credat* el que quiera, que no será seguramente *Judæus Appella*. (Horac. sat. 5. lib.)

Se indignan los espíritus de vuestros gefes populares al oír comparar su linterna magica de hacienda con todas las ilusiones engañosas de Law. No pueden tolerar que los arenales del Missisipi se pongan en paralelo con la roca de la iglesia que sirve de cimiento á su sistema. Decidles, os suplico, que refrenen ese espíritu altivo hasta que hayan hecho ver al mundo que es sólida la base de sus asignados, y que no está gravada con otras cargas. Ni es justo comparar este sistema de los filósofos, gran madre de sus fraudes con el sistema de Law, del que no es mas que una mala imitacion. Este, si se ha de decir verdad, no estaba fundado únicamente sobre la especulacion del Missisipi; añadió el comercio del Africa y las rentas todas de los impuestos de la Francia. Todas estas cosas justas, ciertamente no eran capaces de sostener el enorme edificio que el entusiasmo público, y no el Escoces, trataba de levantar sobre estas bases; pero, á lo menos, estas ilusiones justas tenian algo de imponente. Su objeto era, y así se daba á entender, procurar la mas grande estension al comercio frances; abrir la comunicacion entre los dos hemisferios: y no se trataba de alimentar á la nacion con su propia sustancia. Este vuelo estenso que se daba al comercio podia seducir á una gran-

de imaginacion: habia con que deslumbrar la vista de una águila. Este proyecto no se dirijia como el vuestro á escitar el olfato del topo que se alimenta escondido en su ahujero. Entonces no se habian achicado enteramente las dimensiones naturales de los hombres por una filosofia degradante y sordida, propia de las ilusiones bajas y vulgares. Acordaos de que los directores de este sistema, abandonándose á su imaginacion hicieron entonces un homenaje á la libertad de los hombres, y que sus errores no iban acompañados de la fuerza. Estaba reservado á nuestros dias apagar las débiles luces de la razon que pudiera penetrar al travez de la obscuridad opaca de este siglo ilustrado.

Me acuerdo que nada he dicho de un plan de rentas que puede citarse en favor del talento de estos señores, y que ha sido propuesto con gran pompa, aunque la asamblea nacional no lo ha adoptado todavia definitivamente. Este plan, á lo menos, se presenta con alguna *solidex* para sostener la circulacion del papel moneda, y ha sido muy aplaudida la utilidad y belleza de la invencion: hablo del proyecto de acuñar las campanas de todas las iglesias suprimidas. He aquí su alquimia. Hay extravagancias que desconciertan todo razonamiento, que se pasan de ridículas y no escitan otro sentimiento que el disgusto: por tanto no hablaré mas de esto.

Todas las maniobras de un fraude mercantil, todas estas remisiones de la caja de Rebajas á la tesorería, y de la tesorería á la caja de Rebajas, con la mira de alejar todo lo posible el dia fatal; en fin, todos estos ardidies viejos que han llegado á formar la política del estado, no merecen que estienda yo mas mis observaciones. Todo esto, que no son mas que palabras, no alterará la naturaleza de la renta, y todo cuanto pudieris decir sobre los derechos del hombre, no habrá quien lo reciba en pago por el valor de una galleta, ó de una libra de pólvora. Aquí es donde vuestros metafisicos descienden de sus especulaciones aereas y siguen de buena fe los ejemplos. Pero, qué ejemplos! los de bancarrota! Apesar de las desgracias, de la befa y humillaciones que sufren cuando su fuerza, sus invenciones é ideas llegan á abandonarlos, su presuncion no los abandona; su misma bancarrota les sirve de pre-

testo para contraer un nuevo préstamo voluntario. Cuando la renta desaparece en sus manos, tienen la arrogancia de hacerse un mérito de algunas de sus últimas operaciones como de un alivio que hubieran procurado al pueblo. No lo han aliviado en manera alguna; y si esta era su intención ¿para qué han decretado el pago de las pensiones que soportaba? Y si el pueblo no las paga, es porque el pueblo mismo se ha procurado este alivio á despecho de la asamblea.

Mas dejando á un lado la cuestion de, quien tiene el mérito de haber procurado este alivio fraudulento, ¿el pueblo ha recibido alguno realmente? Mr. Bailly, uno de los grandes agentes de la circulacion del papel, os pone en estado de conocer la naturaleza de este consuelo. Su discurso á la asamblea nacional contenia un panegírico sublime y académico en elogio de la constancia inalterable con que los habitantes de Paris habian tolerado la angustia y la miseria. ¡Qué pintura tan bella de la felicidad pública! ¡Qué valor y qué invencible firmeza para recibir esta clase de beneficios y soportar reformas! Si se hubiera de juzgar por el discurso de este sábio señor corregidor, se creeria que los parisienses habian gemido durante los doce últimos meses en los horrores de un nuevo bloqueo; que Henrique IV habia impedido por todos lados que les entrasen víveres, y que Sully los aturdió á sus puertas con el estruendo de su artillería, cuando en realidad no los sitió otro enemigo que su propia locura, credulidad y corrupcion. Mr. Bailly primero derretirá los hielos eternos de sus regiones atlánticas, que el que pueda restituir á Paris su calor central mientras esta ciudad esté apasionada de las masas *eladas, áridas y petrificadas* de una filosofia tan engañosa como destituida de sentimiento. Poco tiempo despues de este discurso, es decir, el 15 de agosto último, en la memoria que presentó de la administracion de su ramo, se esplicó en estos términos: „En el mes de julio de 1789 (época, cuya memoria será eterna) las rentas de la ciudad de Paris se hallaban todavia en „buen orden; los egresos estaban equilibrados con los ingresos y se contaba entonces con un millon en fondos. Los gastos que Paris se ha visto obligada á hacer en consecuencia „de la revolucion, ascienden á 2.500,000 libras. De estos gas-

„tos y de la baja enorme de los donativos gratuitos ha resultado, no un deficit accidental, sino un deficit absoluto de dinero.” He aquí á esta ciudad de Paris, en cuyo sostenimiento durante el año anterior se sacrificaron cantidades exorbitantes, á espensas de todas las provincias del reino. Mientras que Paris ocupare el lugar de la antigua Roma, se alimentará á costa de las provincias que le están sometidas: este es un mal inevitable que afecta á la dominacion de las repúblicas democratico-soberanas. Este mal, asi como se vió en Roma, puede sobrevivir al gobierno republicano que lo produce; en este caso, el despotismo mismo se ve obligado á someterse á los vicios de la popularidad. Roma, bajo sus emperadores, sufria á un tiempo los males que afectan á los dos sistemas, y esta monstruosa combinacion fue una de las grandes causas de su ruina.

Es una impostura cruel é insolente decir al pueblo, que la dilapidacion de la renta pública le es ventajosa. Unos hombres políticos, antes de vanagloriarse de haber procurado algun alivio al pueblo por la ruina de la renta pública, deberian haber meditado atentamente sobre la solucion de este problema:—„¿Es mas ventajoso al pueblo pagar mucho y ganar en proporcion, ó ganar poco, ó tal vez nada, y estar esclavizado de toda contribucion?” Por lo que á mí toca, está ya resuelto; me decido en favor de lo primero. Tengo la experiencia en mí mismo, y tambien me inclino á las mejores opiniones. La parte fundamental de la ciencia de un verdadero político estriva en saber mantener el equilibrio entre los medios de adquirir que pertenecen á los súbditos, y las necesidades del estado á que deben contribuir. Los medios de adquirir son primeros en tiempo y en orden: el buen orden es el fundamento de todas las cosas buenas. Para que el pueblo sea capaz de adquirir y de contribuir, es necesario que sin ser esclavo sea docil y obediente; que los empleados públicos tengan la dignidad correspondiente, y las leyes su autoridad. No deben desarraigarse del espíritu del pueblo con maniobras los principios naturales de la obediencia; es necesario que respete las propiedades que no le han tocado en suerte. Debe trabajar para adquirir lo que se puede obtener

por el trabajo; y si sucede, como muchas veces, que los frutos no corresponden á sus esfuerzos, debe aprender á buscar sus consuelos en las altas disposiciones de la justicia eterna. Decir otra cosa es aniquilar la industria, cortando la raíz de toda facultad de adquirir y conservar: es obrar como un cruel opresor, como el mas desapiadado enemigo del pobre y del desdichado, porque se le priva de este consuelo; como enemigo del industrioso que prospera y acumula, porque haciéndole entrar en tan pérfidas especulaciones, se le espone á ser presa de los desidiosos, de los arruinados, ó de los que no han podido alcanzar nada.

Muchos economistas de estado no ven en la hacienda pública mas que plata, circulación, rentas perpetuas, rentas con derecho de aumento, pagamentos que comprenden el rédito y una parte del capital, y otras mil menudencias semejantes á las de una tienda. En un estado bien ordenado no deben despreciarse estas cosas, ni verse con indiferencia la ciencia que las tiene por objeto. Son buenas con tal que participen de los efectos del buen orden establecido, y que reposen sobre él. Pero si los hombres se figuran que estas invenciones miserables podrán servir de recursos cuando resulten los males consiguientes á la ruina de los fundamentos del orden público y á la subversion de todos los principios de la propiedad, no harán otra cosa que levantar sobre los escombros de su propia pátria un monumento lastimoso y duradero de los efectos de una política inconsiderada, y de una sabiduría presuntuosa, limitada y poco previsorá.

Mas los efectos de la ineptitud que vuestros gefes populares han manifestado en los ramos mas importantes de gobierno, serán compensados con esta gran palabra *libertad*, esta palabra que es remedio para todo. He conocido algunos pueblos que gozaban una grande libertad; y muchos de ellos, si no los mas, gimen actualmente bajo una humillante servidumbre. Pero ¿qué cosa es la libertad sin sabiduría ni virtud? Es el mayor de todos los males posibles; porque es á un tiempo la sinrazon, el vicio y la locura sin límites ni freno. Aquellos que saben lo que es una libertad virtuosa no pueden tolerar que unas cabezas estravagantes la priven de sus en-

antos, reduciendola á palabras sonoras que tienen continuamente en la boca. Estoy bien lejos de despreciar los sentimientos sublimes y ecsaltados de libertad; ellos inflaman el corazon, elevan y ennoblecen nuestros espíritus, reaniman nuestro valor á la hora del combate. Aunque soy anciano, leo todavia con placer los bellos trozos de Lucano y de Corneille, tan llenos de entusiasmo: ni condeno ciertas manobras y artificios populares que sirven para facilitar el descubrimiento de muchos puntos importantes que reunen al pueblo, dan fuerza al espíritu, y difunden alguna vez la alegría en el semblante severo de la libertad moral. Todo político debería sacrificar á las gracias, y unir la amenidad con la razon. Pero en una empresa como la de Francia, todos estos sentimientos subsidiarios y estos artificios son un débil recurso. No se necesita una grande prudencia para fabricar un gobierno; fijad el asiento del poder, enseñad la obediencia, y está concluida la obra. Aun es mas fácil todavia dar la libertad; no es necesario dirigir, basta soltar las riendas. Pero formar un gobierno libre, es decir, emperar entre si los elementos opuestos de la libertad y de la violencia en una sola obra durable, he aqui lo que ecsige reflexiones y pensamientos profundos, y todas las combinaciones de un espíritu ilustrado. Esto es lo que yo no encuentro en los gefes de vuestra asamblea nacional. Tal vez no estarán tan miserablemente destituidos de ello como parecen; asi quiero persuadímelo mas bien, por no colocarlos bajo el nivel de los talentos mas comunes. Mas cuando los gefes se complacen en disputarse á porfia la popularidad, sus talentos no serán útiles en manera alguna para componer un estado: serán aduladores y no legisladores; serán los instrumentos y no los directores de pueblo. Si sucede que alguno de ellos proponga un plan de libertad razonable y justa, será inmediatamente competido por otro de sus rivales que presentará otro proyecto mas esplendidamente popular. Se tendrá por sospechoso al que se mantenga fiel á sus principios; la moderacion será tildada como la virtud de los cobardes, y la eleccion de los términos medios como la prudencia de los traidores, hasta que un gefe popular, bajo la esperanza de asegurar el

prestigio que puede serle útil en ciertas ocasiones, se vea obligado á propagar con actividad unas doctrinas, y establecer unos poderes que destruyan en seguida las disposiciones de moderacion á que podria haberse inclinado.

Mas ¿seré tan desconsiderado que entre todas las tareas infatigables de la asamblea nacional, no descubra absolutamente cosa que merezca algun elogio? No niego que entre muchos actos de violencia y locura, pueda haber hecho algo bueno. Los que todo lo destruyen no pueden dejar de destruir algun mal. Los que todo lo hacen nuevo pueden hacer algo ventajoso. Mas para alabar á estos señores por lo que han hecho en virtud de la autoridad que se han usurpado, ó para absolverlos de los crímenes con que han adquirido esta autoridad, seria necesario demostrar antes que lo que han hecho de útil y ventajoso no se podia hacer sin causar tal revolucion; y ciertísimamente se podia hacer porque todas las operaciones importantes que han ejecutado, eran sin duda alguna sobre puntos que de antemano y voluntariamente se habian concedido por el rey, ó se les habian prevenido terminantemente en las instrucciones que recibieron de los diferentes órdenes. Algunos usos han sido justamente abolidos; pero aun cuando se hubieran perpetuado, no habrian turbado en manera alguna la prosperidad y felicidad de ningun estado. El bien que ha hecho la asamblea es superficial, y sus errores son fundamentales.

Yo deseo que mis compatriotas, sean quienes fueren, recomienden á nuestros vecinos el ejemplo de la constitucion inglesa, mas bien que el que se modelen por ellos para mejorar la nuestra. Mis compatriotas poseen un tesoro inapreciable en nuestra antigua carta, y yo creo que si no les faltan motivos de temor ó de queja, en su conducta y no en la constitucion se debe buscar la causa. Creo que nuestro bien estar lo debemos á nuestra constitucion; pero no á alguna de sus partes separadamente, sino á la observancia de toda ella; y que tanto debemos á lo que hemos conservado en medio de nuestras observaciones y reformas, como á las modificaciones y adiciones que hemos hecho. Nuestra nacion está convencida de que el cuidado de conservar lo que ella posee y de

ponerlo á cubierto de la profanacion, basta para ocupar á un espíritu verdaderamente patriota, libre é independiente. Yo no reusaria algunas variaciones; pero al verificarlas no querría hallarme impelido sino de graves necesidades. En lo que yo hiciera querría seguir el ejemplo de nuestros mayores; querría que los reparos fuesen en lo posible conformes á la estructura de todo el edificio. El espíritu de conducta que nuestros mayores manifestaron siempre, era notable por la prudencia de su política, por la sabiduria de su circunspeccion, y por una timidez que venia de su reflexion mas bien que de su caracter. No habiendo sido ilustrados con las luces que esos señores de Francia aseguran haber recibido en abundancia, obraron bajo la fuerte impresion de la ignorancia y de la debilidad humana. El que los habia creado débiles, les compensó esta debilidad con un instinto que los dirigia conforme á su naturaleza. Imitemos su prudencia, si deseamos merecer iguales sucesos, y conservar su patrimonio. Hagamos adiciones, si nos agrada; pero conservemos lo que ellos nos han dejado: apoyados en las sólidas bases de la constitucion inglesa, contentémonos con admirar á los areonautas de la Francia, antes que pretender seguirlos en su vuelo desesperado.

Os he dicho con franqueza mis sentimientos; juzgo que no son tales que vayan á mudar los vuestros; por lo menos, no sé si son capaces de ello; sois jóven, y debeis seguir la suerte de vuestra pátria, ya que no podeis dirigirla; pero podrán seros de algun modo útiles en lo sucesivo, cuando se trate de la forma que pueda tomar vuestro gobierno. Este no puede permanecer en el estado en que hoy se halla; antes de que se establezca definitivamente, tendrá tal vez que pasar, como dijo uno de nuestros poetas, „por una gran variedad de „situaciones desconocidas;“ y ser en todas sus transformaciones purificado á fuego y sangre.

Mis opiniones no pueden tener valor sino porque son el fruto de una larga serie de observaciones, y estan dictadas por la mas grande imparcialidad. Son las opiniones de un hombre que no ha sido el instrumento del poder, ni el adulador de los grandes, y que no querría desmentir con sus acciones

últimas las de toda su vida. Son de un hombre, cuya carrera casi toda ha sido un combate por la libertad de otros; de un hombre, á quien solamente la tiranía puede inspirar algun sentimiento de cólera vehemente ó duradera, y que sin dejar sus ocupaciones ha robado las horas que ha consagrado al escámen de vuestros negocios, y á la parte que no cesa de tomar en los esfuerzos que hacen todos los buenos ciudadanos por desacreditar la opresion de la opulencia. Son de un hombre que no desea honores, ni espera sueldos ni distinciones; que ama su reputacion, y teme la maledicencia; que no gusta de altercados, aunque aventura su opinion; de un hombre, que quiere en todas ocasiones ser consiguiente, y aunque variara de medios, asegurar siempre la unidad de su objeto; y que cuando se perturba la estabilidad del barco en que navega, porque se haya sobrecargado uno de sus bordos, está pronto á inclinar el débil peso de sus razones al lado que pueda restablecer el equilibrio.



DC150

B8

1826

Ej.2

157068

FHRC

AUTOR

BURKE, Edmund

